

II.

Llegó para Miriam el triste día
De larga ausencia y despedida amarga;
Jesus, el hijo de su amor querido,
Salió de Nazaret una mañana,
El paso dirigiendo á las riberas
Que del Jordan las amarillas aguas
Riegan, y adonde entonces el Bautista,
Con su mision cumpliendo, bautizaba.
La vida de Jesus, no ya secreta,
Mas pública va á ser: de la morada
Materna se despide, pobre, solo,
En situacion humilde, y sin mas armas
Que su valor, paciencia y mansedumbre.
Con tan débiles fuerzas se prepara
Costumbres á atacar, usos y leyes,
A lidiar contra pueblos y monarcas.
Y vencerá en la lucha, que su brio,
Del mismo seno del Señor emana;
Mas cubrirá el laurel de la victoria,
Del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia
Rasgaron de Miriam crudos el alma!
¡Ella, que ve lanzarse al generoso
Jóven, de aquella mar tan agitada
En las revueltas, encrespadas olas,
Donde tantos profetas naufragaran!
El insensato orgullo, el fanatismo
Torvo, la hueste toda sanguinaria
De las malas pasiones, solo, inerte,
Va el *Justo* á combatir:—La jente prava
Que domina en la torpe sinagoga;
Del fariseo hipócrita las tramas,
Su feroz ambicion, su cruda envidia,
Su innoble miedo, su intencion bastarda,
Y del rey de linaje advenedizo,
La cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heróica estirpe
Que dió á Judá tan célebres monarcas,
Vástago indigno, no; en el noble pecho,
Un corazon impávido alentaba;
Mas recuerda las santas profecias,
Los anuncios mesiánicos; y el alma
Mira ante sí con lúgubres colores
Un cuadro aterrador que la amenaza:
Por eso al despedirse el hijo caro,
Bañado el rostro de copiosas lágrimas,
Roto su corazon dentro del seno,
Y anudada la voz en la garganta;
Cuando el débil rumor ya no percibe
De los pasos de aquel que tanto ama,
Cubrióse con su velo, y pensativa,
Muda con el dolor, enajenada
Quedó, pensando en los pasados días
De ventura y de paz; memoria amarga
De la dicha que fué; ¡presagio triste
Del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan días tras días;—perezosas
Noches eternas, que jamas acaban

A la inquietud materna, y á su asilo
Aun no vuelve Jesus.—Noticias vagas
Anuncian á Miriam que el hijo snyo
Ha entrado en las estériles montañas
A Jericó vecinas.—El cordero,
Sin duda al acercarse á la elevada
Obra de redencion, el trato esquivo
De la turba mortal, y en la plegaria,
Y en la meditacion y en el ayuno,
A la lucha tremenda se prepara.
¡Ay! ¡cuánto de temor y pena ruda
Desgarran de MARIA las entrañas!
Si acaso de la noche en las tinieblas
Suena la ronca voz de las borrascas,
¡Qué horrible padecer!—¡Bajo qué abrigo
Guarecerá la frente delicada
El amado Jesus?—¡Qué luz piadosa,
Amiga alumbrará su débil planta,
Al borde de los hondos precipicios
Donde solo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias
Parecen á la madre acongojada,
Pasaron; mas al fin volvió el Mesías,
Y de nuevo á Miriam tornó la calma.

LAS BODAS DE CANA.

III.

Entonces, en Caná de Galilea
Un consorcio feliz se celebró,
Y juntos fueron hácia aquella aldea
MARÍA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos
Eran, y de la estirpe de Judá,
Y á su hijo y á ella, cariñosos
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes, y era escasa
De los recién casados la fortuna,
Y en manjares y vinos pobre tasa
Habia, por demas inoportuna.

Y como la mitad de la comida,
El vino se apuró; Miriam, atenta
Observó la mirada entristecida
Del esposo á la esposa que se ausenta.

Y en voz baja á Jesus, que á su derecha
Está, le dice así: "No tienen vino."
Y él, al oír la voz con que lo estrecha:
"¡Aun no he llegado al fin de mi camino!"

Responde; mas Miriam, que á sus parientes
Quiere evitar humillacion tan dura,
No desespera aún, y á los sirvientes,
Con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo: "Haced cuanto él os diga."
Habia, para hacer las oblaciones,

La que la antigua ley al hombre obliga,
Seis ánforas (1) de grandes dimensiones

Allí.—Mandó Jesus á los sirvientes
Que á una vecina fuente las llevaran,
Y de sus aguas puras trasparentes,
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso
Vino trocóse el agua en el instante,
Y á tal prodigio se asombró el esposo,
Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
Que mirase brotar al milagroso
Poder, que en tan efímera carrera
Iba á ostentar el Nuncio poderoso.

Y todos los presentes se admiraron,
Y su inmenso poder reconocieron,
Y sus menores signos acataron,
Y su misericordia enaltecieron.

IV.

Aquel milagro de Caná, seguido
En breve de un millon,
Señaló que ya el tiempo era venido
Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,
Los demonios huían,
Las dolencias del cuerpo se aliviaban,
Los muertos revivían.

Do quiera que en aquel dichoso suelo
Su planta descansaba,
Cesaba el llanto, enmudecía el duelo,
Y el odio se calmaba.

Y venían á él desde Judea,
De Tiro y de Sidon,
De la remota Arabia y de Idumea
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda enardecida,
Llegaba hasta su pié;
Eterna fuente de salud y vida,
Vida y salud da él.

Ven de nuevo del sol la lumbrera pura
Los ciegos aflagidos,
Y cruzan la montaña y la llanura
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,
La adúltera perdona,
Y arranca de los brazos de la muerte
Al niño y la matrona.

(1) Evangelio de San Juan, cap. 2º

"¿Quién es este, clamaba el fariseo,
Que va contra la ley?"
"¿Quién, temblando de susto el idumeo,
Este que aclaman rey?"

"¿Quién es el que aconseja al ultrajado,
Generoso perdon?
¿Quién es el que combate denodado
La usura y concusion?"

Y así como en la oscura madriguera
Por hombres acosada,
Se prepara á lidiar la brava fiera
Cabe á su prole amada:

El escriba avariento, sobre el oro
Al pobre arrebatado,
Se apercibe á la lid, por el tesoro
A precio tal comprado.

Y el fariseo hipócrita, temiendo
La lid, astuto infama
A Jesus, y en lo oscuro va tendiendo
Su tenebrosa trama.

Y el audaz saduceo, que la vida
Del alma torpe niega,
A la múltiple hueste maldecida
Iracundo se agrega.

Así, sus mútuos odios deponiendo,
Se adunan los traidores,
Torpe amistad, bastardo amor fingiendo
En pro de sus rencores.

Y el volcan de sus iras contenido
Rugia en lo lejano,
Como acaso escuchamos el bramido
Del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de MARÍA
Temblaba el corazon,
Y miraba acercarse la agonía
Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas
Al hijo con afán,
Llegó con él un día á las riberas
Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,
Y siguió decidida,
Y abandonó su vida acostumbrada
Por otra nueva vida.

Y mujeres seguíanla y varones,
Discípulos fervientes
De Jesus, de amorosos corazones
Y espíritus valientes.

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

V.

¿Qué jubilo inmenso resuena,
Sion, en tu vasto confin?
¿Qué gozo inefable enagena,
Salen, tu recinto feliz?
Do van tus resueltos varones
Cantando triunfales canciones?
¿Por qué suena el laúd?

¿Qué triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el romano cayó?
¿Por qué se despojan las palmas
Del manto que el cielo les dió?
¿Por qué tu llanura arenosa
Reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
Los niños en coro pueril,
Repiten en cántigas bellas,
Pulsando del padre David
El arpa de voces tan puras:
"Hosanna en las alturas!"
¿Bendito el enviado de Dios!"

¿Quién es el monarca temido,
Que llega á tus puertas, Salen?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
De inmensa legion circundado,
En carro de triunfo adornado,
¿Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino
No viene en un carro triunfal,
Ni acero feroz, damasquino
Empuña su mano real:
Ni en pompa homicida de guerra
Le anuncian por rey de la tierra
El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando,
Se acerca del mundo el Señor,
A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
Por premio la fé siempre viva,
¿Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
Las madres que acata á Israel,
Y ancianos y tiernos garzones
Confusos en rauda tropel;
Y esposas y vírgenes puras:
"Hosanna en las alturas,
Esclaman, al sumo Señor!"

Y el santo, amoroso concento
Que suena en el vasto confin,

Llevado en las alas del viento,
Llegó cual la voz del clarín,
Sion, á tus calles oscuras,
"Hosanna en las alturas,
Clamando, al supremo Señor!"

Y el eco del muro callado
Y el agua que corre á su pié;
Del templo el recinto sagrado
Y el viento que gime al traves:
Y el ruiseñor que en la enramada trina,
Y el aura embalsamada matutina,
En puro acento de perenne amor;
Clamando van en montes y llanuras:
"Hosanna en las alturas,
Al que viene en el nombre del Señor."

LIBRO DUODECIMO.

MARIA EN EL CALVARIO.

I.

Aun no estaba marchito el verde manto
Que de *Betania* revistió el camino,
Cuando ardiendo Sion en gozo santo,
El Cristo á saludar rápida vino;
Aun repiten gozosos aquel canto
Los ecos del país circunvecino,
Y las auras turbadas se estremecen,
Y aun tibias de sus hálitos parecen;

Cuando una voz inmensa, conturbando
Los ámbitos del monte y la llanura,
A amigos y contrarios va llenando
De pasmo, y de alegría, y de pavora:
Aquel acento horrisono y nefando,
Envuelto en la traicion y la impostura,
Caro á muchos, y á pocos detestable,
Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,
Y á los que favorece la fortuna,
Viles escribas, pérfidos doctores,
Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
Del gran templo en los arcos exteriores
Se arremolina el pueblo, é importuna
Una vez y otra vez al fariseo,
Por el nombre y los crímenes del reo.

—¿Es ladrón, ó falsario, ú homicida
Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano
Intentó quebrantar en lid renida
La suma prepotencia del romano?
¿Escándalo del mundo, el parricida
En sangre paternal bañó su mano?
O en las sagradas bóvedas del templo,
Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley, pagó el tributo
Que se debe á los reyes de la tierra;
Jamás dió su palabra amargo fruto
De infausta division, ni cruda guerra:
La cólera, el rencor, el llanto, el luto,
Cuanto mal y dolor el mundo encierra,
Huyen, al resonar su blando acento,
Cual leve arista que arrebató el viento.

Lejos de hacer brotar de agenos ojos
Lágrimas de amargura, amante llora
Sobre las penas, lágrimas y enojos
Que la vida mortal en sí atesora:
Lejos de complacerse en los despojos,
En la humildad y en la pobreza mora;
Da vista al que jamás el sol mirara,
Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
La blanda, salutar doctrina,
Su voz suave, de la letra oscura
Los profundos arcanos ilumina:
A los de fé mas débil asegura,
A los que van á ciegas encamina,
Y á do su vista ó su palabra alcanza,
Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores,
Tiene el profeta crímenes bastantes:
El, de la ley los llama torcedores;
El, del templo arrojó á los traficantes:
Y á saciar su venganza y sus rencores,
Con ronca voz y labios espumantes,
Costumbres violan y traspasan leyes,
Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traicion doméstica, comprada
Con oro vil, se valen los villanos,
Y á poner en la víctima sagrada
Van iracundos las inicuas manos:
Velando su impostura refinada
A varones, y vírgenes, y ancianos
De Israel, con ayunos y con preces,
Del Justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna
Del odio y el rencor de los mortales,
Sufrir tantas afrentas una á una,
Tantos dolores, ni tormentos tales:
Jamás tan negro fin de su fortuna
Vieron los mas odiosos criminales,
Ni para ajar tan límpida pureza,
Aduanada se vió mayor vileza.

Como á un esclavo vil, por mas afrenta
Arráncanle sus sacras vestiduras,
Y el acerado azote se ensangrienta
En las perfectas formas, cuanto puras;
La ira se dobla y el rencor se aumenta,
Como doblando van las amarguras
Del justo, en los verdugos carniceros,
¿Espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana,
Que fuerte acosa al cazador ardidado,
Cobarde lucha, y por huir se afana
Al antro oscuro do hasta allí ha vivido;
Mas si mira teñido en roja grana
De su contrario el pecho, hondo rugido
Exhala de placer, y su ardimiento
Redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona
De duras y agudísimas espinas,
Y la sangre brotando se amontona
Sobre las sienes del Señor divinas:
Un pedazo de caña le pregona
Por rey, y rotas fajas purpurinas,
Harapos en el suelo abandonados,
Cual manto régio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones,
Entre mofas y risas le saludan,
Mientras que los satánicos sayones
Cansados de azotarle se remudan:
Mas las bellas, purísimas facciones,
Ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,
Y al mirarlos sonrie tristemente,
Compadeciendo su furor demente.

La saña á desarmar y el odio fiero
De aquella encarnizada muchedumbre,
En vano el pacientísimo cordero
Opone su piedad y mansedumbre:
El, que bajó á librar al mundo entero
De la mas ominosa servidumbre,
Ora se ve azotado, escarneoado
Del pueblo que en su amor ha preferido.

II.

El odio ya saciado
Del escriba y del torpe fariseo,
Cuando bastante juzgan degradado
Al inmortal profeta galileo,
Ante la masa estúpida
Del pueblo, á consumir el sacrificio
Vuelan, que llega el sábado,
Y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga
De una pesada cruz, los flacos hombros
Agobian de Jesús:—penosa y larga,
Y llena de ruinas y de escombros,
Es del calvario lúgubre
La triste, funestísima carrera;
Mas viendo que la víctima
Vacila, su rencor mas se exaspera:

Y con el asta dura
De las cobardes lanzas le atropellan,
Y si cae el lastimado por ventura,
Sin piedad le maltratan y le huellan
Turba feroz, sacrilega,
De execrables verdugos que se ensañan

Contra del Justo, y réprobos,
En sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada
Llega acaso confusa á nuestro oído
La voz de la tormenta desatada,
Que sopla sobre el mar embravecido;
Y con el susto trémulos,
Aunque remotos del horrendo amago,
Dudamos si es mas próximo,
Y en tierra ó viento ó mar el fiero estrago:

Así en la muchedumbre
Que en calles, plazas, techos, miradores,
De la ciudad á la maldita cumbre,
Se ve de mil y mil espectadores:
En rudos sonos mézclanse
Anatemas y gritos de alegría,
Cantos de triunfo lúgubres,
Y ayes de compasión y de agonía.

Allí van confundidos
Con los que de sus males ha sanado,
Los que en su contra están enfurecidos;
El aborrecedor junto al amado:
Empero, son estériles
De amor y de piedad las emociones,
Calladas son las lágrimas,
Ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado
Aquel ingrato apóstol mas querido;
Uno solo de entre ellos ha quedado,
Los demas todos juntos han huido;
No hay una voz intrépida
Que acuse la impostura y la malicia,
¡Ni un corazón magnánimo
Que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada
Calle, que á la ominosa puerta guía,
Judiciaria en mal hora así llamada,
Sigue la plebe indómita y bravía:
Y en medio el justo, cárdeno
El rostro, y el mirar desfallecido,
Sigue con planta trémula
A la cumbre del monte maldecido.

Y he aquí que una matrona,
A la mitad de la fatal carrera,
Por do mas el gentío se amontona,
Penetró:—su mirada lastimera,
No las amargas lágrimas
Empañan del dolor; de tal quebranto
En los tormentos hórridos,
Poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras, dolorida,
Como un sepulcro helada y silenciosa,
Se va acercando á aquel á quien dió vida,
Tus mujeres, Salen, en voz piadosa
Bajo sus velos cándidos:
“¡POBRE MADRE!” entre lloros exclamaban,

Mientras las haces túrbidas
Del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros,
Que al hijo de su amor torvos circundan,
Aquellos despiadados extranjeros,
Que en la crueldad su orgullo innoble fundan,
Ya de las lanzas férreas
Con las terribles puntas la rechazan,
Y con insultos bárbaros
Y palabras de muerte la amenazan.

Entonces, de sus ojos,
Con el pesar intenso amortecidos,
Y del llanto anterior, hinchados, rojos,
Rayos de luz brotaron, despedidos
Como vivos relámpagos,
Ante los cuales cejan los soldados,
A los fulgores vívidos,
Si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARÍA
A Jesús dirigió la incierta planta,
Y al contemplar su angustia y su agonía,
De no morir la mísera se espanta.
Sudor á mares, gélido
Brotó copioso de la augusta frente,
Al horrendo espectáculo
Del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
Ni una lágrima sola, los dolores
Del corazón revelan, dolorido,
De la que es manantial de los amores.
Jesús, en tanto, mirala
A dos pasos de sí, y en blando acento:
“¡Madre!” su voz exánime
Clamó, y “¡Madre!” repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
Que tanto amor y gozo tanto encierra,
Al combatido corazón del hombre
En su paso fugaz sobre la tierra;
Dando un gemido lúnebre,
Del fondo de su alma desgarrada,
¡Cayó la madre mísera,
Sobre las duras losas desmayada!

Y un jóven galileo
De bello rostro y de mirar sombrío,
Y una jóven mujer, del suelo hebreo
Fragante flor; por medio del gentío
Cruzan con paso rápido
Hasta do está la Virgen dolorida,
Y con amor solícito
La vuelven á la vez, dolor y vida.

San Juan y Magdalena,
De Jesús los discípulos amados,
Que á arrancar á Miriam de aquella escena
En su indecible amor van adunados.
Mas su amorosa súplica
No oye la Madre, y bajo un sol ardiente,

Del ominoso Gólgota
Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo,
Que está por altos juicios destinado
La muerte á presenciar del Dios del cielo,
Para aplacar al mismo Dios airado.
Al ara ya la víctima
Se acerca del mas grande sacrificio,
¡Y tierra y cielo atónitos
Se preparan al hórrido suplicio!

MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

III.

Allí la homicida turba,
Como una sierpe gigante,
Sobre sí misma furiosa
Se arremolina, y combate
Por contemplar del profeta
El suplicio miserable.
¡Y dó está Miriam entonces?
—¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente
En medio á dos criminales;
Mira tres cruces tendidas
Sobre la tierra culpable,
Y hombres de rostros crueles
Que abren los hoyos fatales;
¡Mas dónde está el hijo suyo?
¡Pobre Madre!

Al fin, pareció; mas ¡cielo!
¡Qué vista tan lamentable!
—Sin un harapo siquiera
Sobre sus desnudas carnes,
De cuyas hondas heridas
Brotó á torrentes la sangre!
El, tan honesto y tan puro!
¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos,
Con ciega furia arrastrándole
De la cumbre maldecida
Al sitio mas culminante,
Espusieronle á la mofa
De aquella turba salvaje.
¡Qué horrendo cuadro á la vista
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida
Sobre la cruz infamante,
Lecho de honor que los hombres
De su amor en premio danle
¡O ingratitud! ¡ó demencia!
¡O ceguera lamentable!
¡Dónde está entonces MARÍA?
¡Pobre Madre!

A una cercana caverna,
Magdalena y Juan amantes
La arrastran:—Sordo murmullo,
Tal cual la voz de los mares,
O de borrascas remotas
Al rebramar semejante,
Llega tremendo al oído
De la Madre!

De vez en cuando confusos,
Elevábanse en los aires
Rechifas y maldiciones,
Risotadas espantables
Y denuestos furibundos
De aquel pueblo de chacales...
¡Y la infelice los oye!
—¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
Reina por breves instantes.
¿Acaso le compadecen?
¿O alguna nueva barbarie
De la feroz muchedumbre
Calma el furor anhelante?
—¡Piedad del tigre no esperes,
Pobre Madre!

Pronto, el silencio rompiendo,
Como de golpe que cae
A un tiempo sobre maderas
Y despedazadas carnes,
Oyese un sordo ruido
Allá en la cumbre distante,
Y otro despues, y otro luego:
—¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
Cual la azucena del valle,
Tiembla Miriam convulsiva,
Como si agudos clavasen
En su pecho los sayones
Sus damasquinos puñales.
¡Y vive empero y escucha!
—¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,
Jamás valeroso mártir,
En fiero potro estendidos,
Sufrieron tormentos tales,
¡Y empero de sus dolores
Aun va el suplicio á aumentarse!
¡Flaca mujer, infelice!
¡Pobre Madre!

Bien pronto, el agudo roce
De maderas y cordages
Se percibe, y lentamente
Se alza la cruz en los aires.
¡Y en ella al Hijo del hombre,
Cual vencedor estandarte
Contempla atónito el mundo!
¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente
El desgarrado semblante,
Promete á aquellas regiones
Que por tan largas edades
Aguardan la luz, fecundos
Sus generosos raudales.
¿Y do está entonces MARÍA?
—¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo
Alzó con voz formidable
Un prolongado rugido
De feroce triunfo.—“Salve,
Le gritan, rey poderoso!
Si eres hijo de Dios, ¡baje
Tu poder desde esa altura
Do ora yace!”

Y á su izquierda, un foragido
De otra negra cruz colgante,
De su penosa agonía
En los postrimeros vales,
Aun le maldice sañudo;
Y él con palabras amantes
Así esclama: “¡Padre mio,
Perdonadles!”

Mas el momentáneo asilo
Deja Miriam, y sin ayes,
Ni lágrimas, ni sollozos,
Pocos á dolor tan grave;
Hácia el lugar del suplicio
Va con planta vacilante,
Como el mármol blanca y fria...
—¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio,
A pocos pasos distante,
Los furibundos sayones
Tigres sedientos de sangre,
La vestidura inconsútil
Por suerte entre sí reparten.
Y ella contempla el despojo...
—¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvia
Del horror insoportable,
Hácia el cielo, y la mirada
Del Dios moribundo, cae
Desgarrando una por una
Sus entrañas maternas.
¡Por fin llegada es la hora!
—¡Pobre Madre!

¡En los anales del mundo
El hora mas memorable!
Vencidos los infernales
Espíritus, y aun la suma
Justicia, aquel satisface
Sumo holocausto, inaudito,
De tal sangre!

En tanto, en medio del dia,
Sanguinolentos celages
Velan el sol: sobre el mundo
Caen las tinieblas palpables:
Las águilas roncós gritos
Lanzan de horror en los aires,
Y ahullan sobre la tierra:
Los chacales.

Y del calvario maldito
El lóbrego paisaje,
De negro mármol parece
Un catafalco gigante.
Reina el silencio del miedo
En las turbas criminales,
Y de horror tiemblan unidos
Tierra y mares.

En tanto, no olvida el Justo
Los que á su amor son leales:
Y vuelto á Juan y MARÍA,
Con voz de amor inefable:
“*Ve en él al hijo que pierdes.*”
Dice á Miriam, y al amante
Discípulo: “*Mira en ella
A tu Madre!*”

Y luego á mirar cumplidos
Los proféticos anales
De las Santas Escrituras,
“*Sed tengo*” esclamó:—en vinagre
Bañada una grande esponja,
Dieron el orudo brebaje
Al que es manantial de vida,
Los infames!

Y gustado ya el veneno,
Con amoroso semblante
Clamó: “*¡Todo está cumplido!*”
Y lanzando un grito grande,
Inclinó la sacra frente
Y espiró.—Trémulos ayes
Pueblan el aire confusos...
—¡Pobre Madre!

IV.

En el supremo, vencedor momento,
Cuando en sus negros templos escucharon
Del sumo Dios el postrimer acento,
Los ídolos inmundos vacilaron:
Del astro de Moises ya macilento,
Los fugaces fulgores se apagaron,
Y el sol del Evangelio generoso,
Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,
Ejemplo á endurecidos pecadores,
De enviar al bajo mundo altas señales
De sus justos, terrificos furoros:
Y apenas las tinieblas sepulcrales

Que envolvían al mundo en sus horrores
Comienzan á aclarar, su voz severa
Estremeció la creacion entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,
Digna luz á tan hórridas maldades,
Sucedió un terremoto turbulento
Que en Asia derribó veinte ciudades (1):
Con insólita furia silba el viento,
Braman con ronca voz las tempestades,
Y el velo del santuario enaltecido,
Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
Que las mármóreas tumbas revestían,
Se lanzan de sus cárceles abiertas
Los que en el sueño del Señor dormían:
Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,
Espanto á los vivientes infundían
Los cadáveres vivos aun fajados,
Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto
Que resuenan allá en la negra cumbre,
Se oye la voz de arrepentido llanto
Por sobre la revuelta muchedumbre:
Mientras oculta en los pliegues de su manto,
Imágen del dolor y mansedumbre,
Insensible al tumulto y gritería,
Inmóvil y de pié se alza MARÍA.

Y la mudable plebe contemplando
En redor los insólitos portentos,
“*¡Este era hijo de Dios!*” iba clamando,
Como á su hogar volvía á pasos lentos;
Y las mujeres de Sion, llorando
Entre tristes sollozos y lamentos:
“*¡Misera Madre!*” en su afliccion decían,
Y los ecos sus voces repetían.

CONCLUSION.

I.

La calma renacía
Poco á poco en el orbe conturbado,
Y del pueblo malvado
En el precito corazón, volvía
El fuego á renacer casi apagado
De su torpe valor: tal carnívero
Tigre que en los hircanos arenales
Fue terror de mastines y zagales,
Tiembra ante el domador como un cordero;
Mas si trémulo acaso ve primero
A aquel que empuña la candente barra,

(1) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto, cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

El instinto feroz recobra luego,
Y ceba en el cuitado, de ira ciego,
El diente agudo y la coitante garra.

Cruel cuanto cobarde
El pueblo deicida, al ver la guerra
Calmada ya en los cielos y la tierra,
Iba de nuevo brío haciendo alarde,
Y al Redentor divino denostaba,
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas como el gran profeta galileo,
Nunciado habia al rudo pueblo hebreo,
Que en el tercero dia, victorioso
A la vida y al mundo tornaría
Del reino de la muerte tenebroso,
Una falange armada
Del sumo sacerdote, allí mandada
En su soberbia impía,
Velaba en rededor de aquella tumba,
Salud y redencion del Universo;
Que temia aquel príncipe perverso,
Maestro en la traicion y en la impostura,
Que en las tinieblas de la noche oscura;
El cuerpo de Jesus arrebataran
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero dia
La aurora el rubio Oriente coloraba:
Jerusalen dormía
Bajo un manto de nieblas que ocultaba
Su deicida faz al matutino
Sol, que el vasto confin circunvecino,
De fulgor y de júbilo inundaba.
Entreabrían las flores
El cáliz matizado de colores
Al húmedo rocío;
Entre el ramage umbrío
De la higuera silvestre, sus amores
Cantaban los harpados ruiseñores;
Y nunca en aquella árida comarca
Que de Betania hasta Sion abarca,
Ejemplo de tristísima aspereza,
Mostró naturaleza
Tan delicioso encanto,
Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron
De las cercanas lomas,
Cual banda fugitiva de palomas,
Unas cuantas mujeres, que torcieron
El paso hácia el jardín donde se hallaba
El sepulcro de Cristo: descollaba
Entre el grupo indefenso una matrona,
Cuyo pálido rostro, que pregona
Mas que humano dolor, resplandecía
Con mas fúlgida luz que la del dia:
Y mientras al sepulcro caminaba,
A una hermosa ruina semejava
Que al impulso violento
Del huracan ajada turbulento,
En la altanera faz de rayo herida,
Aun muestra su belleza enaltecida.